

I

TOMÁS ROJO

Corría el año del Señor de 1555 y Tomás se aproximaba a Cáceres con el lento caminar que imprimían los bueyes al carro. Llevaba una carga pesada, diez hermosas piedras de cantería que su padre enviaba a la casa palacio del deán. Las piedras serían labradas para acometer una pequeña reforma del claustro de don Diego Corominas, deán de la Catedral de Coria y heredero de un marquesado cacereño, el del Encinar. Su palacio distaba dos calles de la hermosa Iglesia de Santa María y estaba también cercano al palacio del obispo, no tan lujoso y acondicionado como el que tenía en su sede de Coria, pero bien fortificado y que cumplía su función de segunda residencia y despacho para todo lo concerniente a la diócesis en la ciudad.

Tomás paró el carro a la altura de la plaza, fuera de las murallas. Eran construcciones de madera, algunas incluso porticadas, otras con toscos toldos, que albergaban posadas, tiendas y talleres de artesanos. Bajó ante la posada de Juan “el Tuerto” quien, por ser pariente lejano de su madre, le trataba con mucha amabilidad y le hacía un precio menor que a otros forasteros.

Entró y saludó a los parroquianos, era media tarde y aún no había mucha gente, aunque distinguió tres grupos diferentes que ya le estaban dando al jarro con fruición. Cerca del hogar, moviendo un guiso estaba su

pariente Juan. Se saludaron con efusión y el gran corpachón de “el Tuerto” le cubrió con un fuerte abrazo.

–Tomás, hijo, qué alegría verte, ¿cómo no me has avisado? Tu tía Josefa hubiera dispuesto la mejor habitación para ti. Pasa, pasa, anda... ¿Has traído bestias?

–Si, tío Juan, ahí fuera tengo el carro, pero aún no puedo meter los bueyes en la cuadra, tengo que llevar las piedras que traigo hasta el palacio del señor deán, luego les daremos forraje y descanso...

–Vale, Tomás, no pierdas el tiempo que en esta época anochece pronto y no está la ciudad pacífica. Desde la última disputa entre los señores nobles y la llegada de mercenarios del norte está todo revuelto y una noche sí y otra también hay disturbios, peleas y espadaos.

–Salgo ahora mismo a llevar las piedras, seguid preparando la cena que ese caldo huele a gloria.

Salió Tomás y se dirigió a un corrillo ocioso que charlaba cercano a la fuente pública que estaba al lado de la casa del regidor. Miró con ojo de entendido y no vio más que camorristas y gente de mal vivir, así que siguió hasta el comienzo de la calle Panera donde se veía más gente. Allí habló con un grupo de campesinos, fuertes y jóvenes y apalabró el precio por descargar las piedras en la casa del deán. Montaron los cuatro en la trasera del carro y Tomás aguijó los bueyes con la vara de avellano terminada en un pincho metálico. Los animales arrancaron con esfuerzo y fueron subiendo la cuesta hacia el arco principal que

daba entrada a la ciudad de Cáceres. Allí pararon y Tomás dio cuatro reales a la guardia que cobraba el impuesto del municipio, nadie, salvo los nobles y eclesiásticos, podía entrar mercadería o carga sin pagar.

Lentamente entraron por el portón del palacio del deán. El deán Corominas estaba de visita en Cáceres, tenía que arreglar aún varios asuntos de testamentaría. Él era el segundón de la familia y había optado por tomar los hábitos pues el marquesado correspondía a su hermano mayor José Manuel. La carrera de las armas no le atraía, por eso con la buena influencia de su padre había sido ordenado presbítero y nombrado en el mismo día deán de la catedral de Coria. Para ello hubo que desplazar al deán anterior, Carlos de Mendoza que, sin tener la influencia de un marqués detrás, poco pudo hacer. Así y todo don Carlos de Mendoza como había servido fielmente al obispo no se quedó con las manos vacías sino que marchó a las nuevas tierras conquistadas por Castilla, a las Américas, con el cargo de vicario general de una nueva diócesis, donde no había aún obispo y ejercería de tal. Que se labrara carrera o no allí, ya era cosa suya...

Diego Corominas había tenido la desgracia de heredar el marquesado a la muerte de su hermano, hacía ya cinco años. José Manuel había estado de avanzada, en nombre del Rey, con una tropa propia por las tierras de Hurdes, llenas de bandidos, unos cristianos, otros moriscos y los menos judíos, que de vez en cuando daban golpes de mano en la ruta comercial que enlazaba la ciudad de Coria con

Salamanca. En una de las escaramuzas cayó herido el marqués del Encinar, no fue de gravedad pues la flecha le atravesó la pantorrilla, la cosa se complicó al lavarle la herida en el campamento con agua de un pozo que contenía el cadáver de un animal, y que de noche no vieron sus hombres. En tres días y sin llegar siquiera a Coria murió José Manuel entre amargos dolores. De resultas don Diego se encontró en el estado de deán, con mando en la catedral de Coria y de marqués con palacio, fincas y rebaños en Cáceres.

Tomás paró los bueyes en mitad del patio y, con la ayuda de unas gruesas maromas y dos troncos recios que siempre llevaba aparejados al carro, ordenó a los cuatro mozos que comenzaran a descargar las piedras. El criado de don Diego les indicó donde ponerlas y subió rápido a dar parte al mayordomo y administrador, don Álvaro Carreras.

Éste bajó prontamente y amonestó a los mozos:

—¡Ahí no! Aquí, aquí, cerca del pozo...

Los mozos y el propio Tomás no lo tomaron a mal, era natural que según se subía en la escala social, se cambiaran las órdenes del inferior sin ningún motivo, simplemente para afianzar la autoridad propia. Suerte tendremos, pensó Tomás, de que no baje el Sr. deán y nos haga cambiarlas al otro extremo del patio... Pero no sucedió así, por ello pudieron retirarse pronto no sin antes cobrar Tomás a don Álvaro la cantidad acordada. Luego pagó lo convenido a los mozos y se echó la bolsa con los dineros dentro del jubón, a la par se tocó la cintura donde escondía el grueso cuchillo de montero que llevaba siempre que salía de viaje.

Montó en el carro y enfiló la puerta, antes de salir pudo atisbar unos velos y un rumor de pasos, la sobrina del marqués, acompañada de una doncella salía de palacio para ir a misa a la Iglesia de Santa María. Se quedó embobado por la belleza de la niña, que no contaría más de quince años.

Tomás rodeó la posada de Juan “El Tuerto”, y metió el carro en el amplio patio trasero. Allí soltó a los bueyes, les puso forraje fresco, y untó sus lomos con grasa, sobre todo allí donde les solía clavar su vara... Tomás miró a sus dos bueyes, Pinto y Rubio, con cariño:

—Descansad que mañana tenemos el regreso.

Sin embargo, nada más decirlo, Tomás pensó retrasar un día su partida. Como una iluminación se le había ocurrido que podía ir a misa de Santa María y observar libremente durante más de una hora a esa doncella, que salía apresurada de la casa del deán.

Realmente estaba enamorado, o eso pensaba... Con alegría entró por la puerta trasera en la posada.

—Tío Juan, ¡tengo hambre!

—Anda, Tomás, que tengo buena ración preparada para ti. ¡Venga! No pierdas el tiempo que mañana tendrás que salir temprano para Coria, vamos, vamos...

—No, no —dijo Tomás—, he recordado que hace meses que mi padre quiere regalar a mi madre un buen paño para un vestido nuevo. Así que con mi parte de la venta al señor deán, mañana haré esa gestión, y pasado saldré para casa en Coria.

–Bueno, Tomás eres el mismo buen chico de siempre. Siéntate ahí, mañana les diré a dos peregrinos que ya duermen, para que a su paso por Coria den aviso a tus padres de tu retraso.

–¡Muy bien! –contestó Tomás.

Se sentó en una larga mesa corrida y se sirvió un gran vaso de vino. El vino era de un poblado cercano a Coria, subiendo hacia Gata, de color claro como el oro y altísima graduación, pero estaba delicioso. Delicioso, sí señor, y eso que “El Tuerto” tenía la costumbre de bautizarlo, para bajarle el alcohol y que hubiera menos riñas, decía. Bautizado y todo, el vino estaba de miedo y Tomás acabó el vaso de un tirón y se sirvió otro. “El Tuerto” le puso delante una escudilla llena de caldo sobrante de la olla podrida del mediodía. Al lado una enorme rebanada de pan, encima una gruesa loncha de tocino frito y huevos revueltos. Tomás, veinte años y un cuerpo fornido y musculoso por trabajar en la cantería desde niño, atacó la cena con entusiasmo. Diez minutos más tarde, bien repleto el estómago, afloró el cansancio del día. “El Tuerto” llevó a Tomás hasta el piso superior, allí en un cuarto grande había seis jergones, tres ya estaban ocupados.

–Elige el que quieras y descansa, hijo, que mañana como no tienes prisa no te llamaré. Tú verás lo que quieres dormir.

Tomás se tiró en el jergón, se quitó las botas y la ropa, y se quedó desnudo salvo una camisola que llegaba a medio muslo. Se tapó con la manta gruesa que estaba al lado del jergón. La manta picaba lo suyo

pero el sueño le invadió sin darle tiempo a pensar en nada, sólo que mañana la vería...

Durmió tan profundamente que no oyó nada de la pelea que se originó junto al arco de la muralla y que se fue desplazando hasta la Iglesia de San Juan de los borregueros. Allí quedó tendido un cuerpo cosido a cuchilladas, era un mercenario del norte, criado de la casa de los Fernández de Ledesma y encargado por esta familia de mandar su guardia. Corrían tiempos revueltos, la guardia de la muralla no había seguido a los espadachines y puesto que la pelea se había desplazado hasta San Juan no fueron a ver los resultados. Si había algún muerto mañana llegarían hasta el lugar y, el regidor, junto al justicia mayor, se haría cargo.

Las campanas de Santa María repicaban llamando a misa de nueve, les acompañaban las de San Juan, las de Santiago e incluso se oían las de la recién construida iglesia de San Mateo, obra espléndida que se había hecho sobre el antiguo y humilde templo parroquial, que se construyó justo después de la reconquista de la ciudad a los árabes por Alfonso IX en 1227.

La mañana apenas acababa de clarear, Tomás Rojo se desperezó y pensó en la misa, no es que fuera tan devoto, no, es que esa tarde la misa tendría para él una significación más profana. Aunque el amor, pensó no del todo descaminado, proviene de Dios, así que nada malo había en unir la devoción a Dios Nuestro Señor y la que sentía por la sobrina del deán. Con esos alegres pensamientos se vistió, bajó al patio y se lavó

someramente, manos y cara en un barreño que había para dar de beber a los animales. Por la tarde, pensó, iría al barbero para acicalarse; siempre iba por Natividad y en las fiestas de San Juan de Coria. Era muy caro, y no muy necesario, la verdad, pero esta ocasión bien valía la pena.

Entró en la posada y abrazó por la espalda a su tía Josefa.

—¡Tonto, qué susto me has dado! Siéntate allí.

Josefa, rolliza y jovial, llevó hasta la mesa un cacharro de barro con leche de cabra, una rebanada de pan de cebada y dos manzanas, dulces y arrugadas. Tomás desayunó con hambre canina y se comió hasta el troncho de las manzanas.

—Tía, di al tío Juan que salgo a comprar el paño y ver la ciudad, volveré a comer.

—Bien, Tomás, pero no olvides que están las cosas mal, no te metas en líos y lleva el bastón a mano.

—No hace falta tía, con estas manos que Dios me ha dado soy capaz de tumbar dos hombres de un guantazo.

Y era cierto, así que Josefa sonrió y no dijo nada más.

Tomás salió al exterior. La gran explanada, que las construcciones iban conformando en la plaza, estaba llena de animación. Ya estaban los tenderetes puestos y llenos de mercadería. Carros y caballeros entraban y salían, unos iban camino de la puerta principal de la muralla, otros hacia los campos y edificios de fuera.

Tomás curioseó entre los tenderetes, primero ojeó uno de quincalla y cuchillería. Tenían buenas piezas,

buenos pucheros y algún cuchillo excelente, pero no escogió nada. Al lado había otro puesto con cacharros de barro cocido y más allá otro con velas, éste le interesó. Aunque las velas eran caras siempre le habían gustado. Por las noches leía a la luz neblinosa de la lámpara de aceite; siempre hubiera preferido la vela pero su precio las destinaba al culto de la Iglesia o a la casa de los nobles. Hoy, que se sentía lleno de fuerza y vida, se daría el capricho. Eligió una muy gruesa, de tres palmos de largo, y pagó dos tercios de lo que pedían, tras regatear más de diez minutos. Sabía leer, aunque lo ocultaba a todo el mundo, y no sólo en castellano sino en latín y en hebreo.

Fue desplazándose y llegó a los puestos de comida, allí había de todo, frutas, hierbas secas, ajos que exhalaban su picante olor, olivas verdes, rajadas, machadas, guisadas, moradas... e incluso un puesto con empanadas y gruesos tasajos que se freían en grasa de cerdo. La boca se le hizo agua y eso que apenas había pasado una hora desde el desayuno. Cayó en la tentación y se comió una buena pieza de empanada acompañándola de aceitunas machadas y guisadas con ajo, laurel y pimiento.

Tenía que tener cuidado pues el dinero cobrado al deán no era infinito y aún debía comprar el paño para su madre e ir al barbero. Así que dirigió sus pasos por una callejuela donde vivía el gremio de pintores y que desembocaba en la de los pañeros, más allá estaba la de los carniceros y al final, antes de la loma con los viñedos, la de los curtidores, oficio más sucio y maloliente, que relegaba el barrio a las afueras.